

LETRAS

Letrillas

LETRONES

IRÁN

ANTE LA REPRESIÓN DE LOS DEMÁS

Si nos pinchas, ¿no sangramos?
El mercader de Venecia

El verano pasado, la imagen de una joven iraní de 23 años llamada Neda inundó los medios e internet. El mundo atestiguó en las pantallas de televisión y de computadora cómo un disparo le daba muerte mientras participaba en una protesta en contra de las elecciones presidenciales fraudulentas. Más de un año después, al celebrar la vida de Neda y guardar luto por su muerte, una imagen muy distinta capturó la atención mundial: la de Sakineh Mohammadi Ashtiani, una mujer de 43 años, madre de dos. En 2006, Sakineh fue condenada por sostener “relaciones ilícitas” con dos hombres y sentenciada a 99 latigazos. En el transcurso de la golpiza y padeciendo dolores intolerables, “confesó” su crimen, para luego retractarse y declarar que había confesado bajo coerción. En un juicio subsecuente, este para juzgar a una mujer acusada de asesinar a su marido, Sakineh Mohammadi Ashtiani fue condenada por “adulterio estando casada” y sentenciada a morir por lapidación.

Aunque obviamente no murió para probarle al mundo que ella y millones de mujeres como ella existen, la imagen de Neda subvirtió de inmediato las aseveraciones realizadas por el régimen islámico y sus apologistas acerca de las

mujeres en Irán. Neda perteneció a esa generación llamada los hijos de la Revolución, aquellos en quienes el régimen había depositado sus esperanzas de ser quienes cargaran con la bandera de la República Islámica y se rebelaran contra sus padres y sus aspiraciones. Sin embargo, como muchos jóvenes de su edad, la forma en la que ella se vestía y actuaba; sus intereses musicales, filosóficos, artísticos; sus aspiraciones y esperanzas futuras, el futuro que deseaba para su país, incluso sus autores predilectos —Marquez, Silone, Brönte, Hesse—, todo esto era subversivo y ofendía al régimen. Eran los recordatorios del fracaso al imponer su voluntad sobre una generación entera de jóvenes que en lugar de convertirse en los seguidores más fieles, devinieron en sus más férreos críticos.

Al igual que otros millones de personas que participaron en las protestas, la desobediencia practicada por Neda no era solo política sino existencial: tomó las calles para unirse a las protestas a pesar de las preocupaciones de sus padres, a pesar de los ruegos de su madre, porque le parecía que se había cometido una injusticia con la voluntad del electorado y tal injusticia no podía tolerarse. En todos sus actos de rebeldía, Neda, como muchas otras mujeres jóvenes en Irán, buscaron a sus modelos no solo en el imaginario Occidental, sino en su propio pasado y el de su país: figuras como la de su madre, su abuela y su bisabuela, mujeres que pelearon por sus derechos y por una sociedad abierta y democrática en Irán desde mediados del siglo XIX,

mujeres que ayudaron a iniciar la Revolución Constitucional al inicio del siglo XX, la primera de su tipo en Asia.

Las protestas durante el verano de 2009, y la trágica y repentina muerte de Neda hicieron que el mundo se fijara en las verdaderas voces de Irán, esas voces que durante más de treinta años han sido silenciadas y obligadas a existir en la clandestinidad. Durante más de tres décadas la República Islámica impuso las leyes más represivas sobre sus ciudadanos; asesinatos, torturas y arrestos arbitrarios formaron parte cotidiana e integral de su manera de gobernar; hombres y mujeres eran lapidados y ahorcados por cometer ofensas sexuales. A pesar de que desde el inicio y durante todos esos años los iraníes se habían resistido al gobierno represivo y sus leyes —una resistencia que muchos pagaron con su vida—, las imágenes y las voces que dominaron el discurso acerca de Irán en el resto del mundo fueron aquellas creadas por el gobierno y sus apologistas. Las menciones de Irán en las noticias generalmente han estado identificadas con sus gobernantes, y en fechas recientes tuvieron que ver con las homilias sobre el Holocausto pronunciadas por Ahmadinejad, su aserto sobre la inexistencia de gays en Irán y la cuestión de la proliferación nuclear. Los mismos personajes que le negaron el derecho a la libre expresión a los ciudadanos iraníes dentro del territorio, también lograron negar esos derechos fuera de las fronteras.

Durante el verano de 2009, súbitamente, esta situación se revirtió. Aquellos millones que tomaron las calles de

Terán contradecían los estereotipos y las definiciones acerca de la sociedad iraní. Sin duda lo primero que captó la atención fueron las imágenes de las mujeres iraníes al frente de las marchas. Estas mujeres tenían historias personales muy distintas: jóvenes y viejas, modernas y conservadoras, religiosas y seculares. Sin embargo, todas formaban un frente unido de cara a un régimen tiránico. Quedó claro que las leyes que limitan los derechos de las mujeres no le interesan ni a la mujer ortodoxa y religiosa, ni a la secular y moderna; que ambas mujeres están más unidas entre sí en la lucha por ampliar sus derechos que en apoyar al gobierno que decretó esas leyes. Las mujeres, una vez más, eran los canarios en la mina, el rasero a partir del cual se puede medir el grado de libertad dentro de una sociedad.

Cientos de miles de personas alrededor del mundo sufrieron mientras veían a Neda morir, una y otra vez, en sus pantallas. De un momento a otro, esta mujer y otras como ella dejaron de ser distantes, dejaron de ser “ellas” para convertirse en “nosotros”, entidades distintas del régimen que las gobierna. La conmoción surge no de lo diferentes que “ellas” son de “nosotros”, sino de lo parecidas; porque la diferencia no puede ser celebrada y apreciada genuinamente a menos de que esta venga seguida de lo compartido, lo universal; de nuestra humanidad común anclada en el entendido de que no importa de dónde vengamos ni cuál sea nuestro origen político, social o cultural, nuestra religión, grupo étnico, género, todos sangramos de la misma forma. A partir de ese momento ya no fueron los políticos quienes dictaban las reglas del juego, sino la gente.

Ahora, un año después de la trágica muerte de Neda, la imagen de Sakineh Mohammadi Ashtiani ha capturado los corazones y las mentes de muchos individuos en distintas partes del mundo. Sakineh es muy distinta de Neda: pertenece a una generación mayor y viene de un entorno más tradicional; no era ni una rebelde ni una activista política, y la razón por la que fue condenada a muerte no tiene conexión alguna con las circuns-

tancias en las que Neda fue asesinada. Por todo lo que sabemos, su vida y sus aspiraciones eran muy distintas de las de Neda, sin embargo ambas tienen mucho en común con las víctimas de las leyes regresivas y opresivas para las mujeres impuestas por la República Islámica.

Así como hace un año Neda entró en los hogares de millones alrededor del mundo, ahora el destino de Sakineh se ha convertido en un asunto de apremio para decenas de miles quienes hace menos de un mes no tenían ni idea de su existencia. Nada más en una página de internet –en la que yo colaboro (Free Sakineh.org)– se han recibido ciento catorce mil firmas que condenan su muerte y exigen su liberación. Al repasar la lista de signatarios, lo que me parece asombroso y alentador no solo es la cantidad de nombres de individuos importantes y reconocidos –desde presidentes y políticos, hasta escritores, periodistas y celebridades–, sino también el hecho de que estos nombres aparecen junto a los de una mayoría de nombres desconocidos y algunos anónimos procedentes de los países más diversos. Todos han coincidido en un mismo espacio, independientemente de las ideologías y las tendencias políticas particulares para darle voz a su indignación. Los que tienen la convicción de que estos actos de violencia y crueldad extrema no tienen cabida en el tipo de mundo que desean habitar; sin importar dónde sucedan o bajo qué circunstancias, son un asalto a su sentido de la dignidad humana y la decencia. El silencio en una situación así es una voz que implica tanto a los testigos como a los perpetradores.

Ante las campañas y las protestas alrededor del mundo, el régimen iraní se ha retractado un poco, aduciendo que no llevará a término la sentencia de muerte por lapidación contra Sakineh, pero que no descarta ejecutarla por otros medios. La pregunta es, ¿alguien sería más feliz si la señora Ashtiani es ahorcada y no lapidada? La vacilación del régimen es una buena noticia y nos debe alentar para perseverar en nuestra exigencia de la exoneración inmediata de Ashtiani. Existe, sin embargo, el



Sakineh, el nuevo rostro de la resistencia.

peligro de que se le imputen cargos fabricados para justificar su sentencia y que su defensa sea caricaturizada como una conjura de Occidente contra Irán y contra el islam.

El jefe judicial iraní ha dicho en Azerbaiján que la “propaganda de los medios occidentales” no impedirá la ejecución de Sakineh. Mohammad Javad Larjani, el líder del Alto Consejo iraní para los Derechos Humanos, al tiempo que ataca la campaña internacional por la liberación de Sakineh, defiende la lapidación como parte de la Constitución de la República Islámica y condena lo que él llama “la fijación” del Occidente con la “ejecución por lapidación, el *biyab* y las leyes islámicas de herencia”. Dijo, además, que “ellos están siempre en contra de cualquier cosa que se parezca a una ley religiosa”.

Este es quizá un buen momento para preguntarle al señor Larjani y los apologistas del régimen islámico en Irán quién está más en contra del islam, si aquellos que desprecian estas leyes o quienes definen al islam en términos de poligamia, matrimonios forzados de mujeres menores de edad, lapidaciones, latigazos para mujeres en “relaciones ilícitas” y por desobedecer las leyes del velo obligatorio. ¿Condernar a una mujer a 99 latigazos por considerar que mantiene una “relación ilícita”, o dar 86 latigazos a otra por no usar el obligatorio velo adecuado representan bien la esencia de Irán y del islam? ¿Son un buen reflejo

de la antigua historia y cultura de un país, su diversidad étnica y religiosa, sus siglos de poesía, filosofía y las décadas de lucha por parte de sus clérigos progresistas, intelectuales y mujeres iraníes en pos de una sociedad democrática y abierta? ¿Cuando él y otros oficiales del régimen llaman “entidad occidental” a los derechos humanos, están queriendo decir que los ciudadanos iraníes tienen menos disposición a la diversidad, a la autodeterminación y a la libertad de expresión que, digamos, los europeos y los estadounidenses? Estados Unidos es un país de mayoría cristiana y Michelle Obama, Hillary Clinton y Sarah Palin dicen serlo, sin embargo no inquirimos quién es más cristiana que las otras. ¿Quién ha decretado que Neda o Sakineh son menos musulmanas que los guardianes de la República Islámica? Y, por último, ¿no es un elogio involuntario para el Occidente que dicen odiar y un insulto accidental para el islam que claman defender decir que el derecho a la autodeterminación, a la libertad de expresión y de religión —en pocas palabras, el derecho a la vida— son fenómenos occidentales, determinados por la geografía y la cultura? Neda Agha Soltan y Sakineh Mohammadi Ashtiani dan a estas preguntas respuestas distintas de las ofrecidas por el señor Larijani y otros jerarcas iraníes. Al defender los derechos de ellas, estamos defendiendo también los derechos de las mujeres iraníes, musulmanas y no musulmanas, conservadoras y modernas por igual.

Lo que el señor Larijani parece no comprender acerca del apoyo internacional para casos como el de Sakineh es un concepto universal y bastante simple: la empatía. En un momento de epifanía global, cuando las imágenes y las voces de los iraníes entraron en hogares alrededor del mundo, aceptar y justificar las leyes arbitrarias impuestas a aquellos ciudadanos se volvió intolerable. Esta reacción es producto de un profundo sentido de la empatía, de la convicción de que sin importar nuestras diferencias, en tanto que seres humanos, compartimos lo mejor y lo peor. Cuando imaginamos el estado en el que se encuentra Sakineh o escuchamos los lamentos de

sus valientes hijos, nuestros corazones se estremecen no porque estemos pensando en términos políticos, nacionales, religiosos o étnicos, sino porque nos estamos convirtiendo en esa otra persona y descubrimos que es intolerable existir en las condiciones en las que ellos están obligados a hacerlo.

La cuestión para quienes objetamos a este tipo de leyes no solo es política sino también existencial, como en el caso de Darfur, Sudáfrica, Bosnia y tantos otros lugares de nuestra historia reciente. Tolerar estas instancias de brutalidad significa ser seres humanos inferiores. Al defender los derechos de Sakineh Mohammadi Ashtiani, y tantos otros encarcelados en prisiones iraníes, estamos defendiendo nuestros propios derechos y nuestra propia integridad. Hace algunos años, cuando Shirin Ebadi escribió —al saber que había ganado el Premio Nobel de la Paz— que ella era una musulmana y al mismo tiempo una creyente en los derechos humanos, yo escribí que apoyar los derechos humanos no es un acto filantrópico, sino una acción esencialmente pragmática: defender el derecho de los otros a la libertad y a la autodeterminación significa garantizar tus propios derechos. Quiero reiterar eso y preguntar: las valientes mujeres en Irán hoy, ¿no están reafirmando la lucha universal de las mujeres por sus derechos a lo largo de los siglos?

Defendemos a Sakineh por empatía, por ese deseo de conectar con los demás. Y por esta empatía, porque su causa es la nuestra, si es que se le libera no podemos olvidar que seguirá habiendo brutalidades como esta mientras sigan existiendo regímenes retrógrados y leyes represivas. En este momento ya hay doce mujeres y tres hombres esperando ser lapidados en Irán. Muchos más han sido torturados y ejecutados y otros están en peligro de serlo por razones políticas. La campaña no terminará hasta que estas leyes atroces sean eliminadas; siempre que exista una ley así, existe la posibilidad de que sea aplicada a alguna otra víctima. —

— AZAR NAFISI

© 2010 by Azar Nafisi. All rights reserved
<http://freesakineh.org>



Tony Judt, disentir de los consensos.

IN MEMORIAM

TONY JUDT (1948-2010)

Tony Judt ha sido uno de los historiadores más brillantes de nuestra época. “Tenía la infrecuente habilidad de ver y mostrar una imagen global y, al mismo tiempo, ir al corazón del asunto”, ha dicho Mark Lilla. Poseía un apabullante conocimiento de la historia europea reciente, un gran pulso narrativo y era un polemista formidable. Nació en una familia judía en Londres en 1948, y pasó buena parte de su vida en Estados Unidos, donde daba clases en la Universidad de Nueva York y dirigió el Instituto Remarque. Vivió en un kibutz en Israel en su juventud, estudió los siglos XIX y XX en Francia, mantuvo un estrecho contacto con los disidentes de los países del bloque soviético y su obra más importante, *Postguerra* (2005), cuenta la recuperación de Europa occidental tras el desastre de la Segunda Guerra Mundial, y la caída de Europa oriental bajo el comunismo y su liberación. Murió el 6 de agosto, tras dos años de lucha con la esclerosis lateral amiotrófica, una enfermedad que le había paralizado del cuello para abajo pero no le impidió dictar hermosos ensayos autobiográficos, donde hablaba de su familia y su pasión por las palabras, su experiencia en Israel, la primavera del 68 en París y en Praga o su enfermedad. Recientemente ha publicado *Ill fares the land* (en septiembre saldrá a la venta su traducción al castellano, *Algo va mal*).

Judt no creía en una visión determinista de la historia. Pensaba que “las

cosas salen de una manera porque la gente toma decisiones y actúa conforme a ellas”, que Europa pudo reconstruirse económica y políticamente tras olvidar su pasado y recordarlo después, y que el Estado de bienestar sirvió para evitar los extremismos que habían sembrado la barbarie en el continente. Dominaba varias lenguas, conocía la historia militar y los datos económicos y sociales, pero prestó una atención especial a las manifestaciones intelectuales: mostraba las dificultades que tuvieron películas como *Noche y niebla* y *Le chagrin et la pitié* en Francia como ejemplo de la dificultad del país para enfrentarse a su actuación en el Holocausto y retrató la ceguera de muchos intelectuales occidentales frente a las atrocidades comunistas. Dedicó algunas de las mejores páginas de *Pasado imperfecto*, *Postguerra* o *Sobre el olvidado siglo XX* a algunos de sus héroes: autores como Camus, Koestler, Sperber o Kořakowski. Algunos eran ex comunistas que combatían el totalitarismo soviético y constituían “la República de las letras del siglo XX”. Otros, como Raymond Aron, no habían sido comunistas, pero conocían muy bien el marxismo. Todos habían intentado pensar por sí mismos, habían luchado contra las ideologías totalitarias y habían adoptado posiciones impopulares.

Esa era la tradición en la que se reconocía Judt. “Creo que los intelectuales tienen un deber primario de disentir no solo de la sabiduría convencional de la época (aunque eso también) sino, sobre todo, del consenso de su propia comunidad”, declaró. En sus últimos textos hay cierta perplejidad: esos autores libraron batallas que parecen muy lejanas; los estudiantes de Judt no entendían *El pensamiento cautivo* de Miłosz porque no lograban imaginar la fascinación del comunismo.¹ Judt reivindicaba con razón a esos escritores, y señalaba el peligro de la seducción que el poder y la utopía ejercen sobre los intelectuales, pero hay un elemento que roza la nostalgia por esa época: cuando criticaba a Paul Berman o Christopher Hitchens les reprochaba que hubieran encontrado en

la lucha contra el fundamentalismo islámico un sustituto a los combates contra el fascismo y el comunismo de sus antecesores, pero luego los calificaba de “tontos útiles”, reciclando la taxonomía de Lenin como si él también estuviera buscando un enemigo a la altura de los del pasado. Participó en muchas polémicas y trataba a sus rivales con displicencia. Era muy crítico con Israel, y en 2003 perdió algunos amigos y un puesto en *The New Republic* por un artículo² en el que afirmaba que ese país es “un anacronismo” que perjudica a los judíos en todo el mundo, y abogaba por un Estado binacional, siguiendo a Edward Said y contradiciendo algunas de sus propias tesis.

Judt también pertenecía a una tradición izquierdista clásica y democrática. Criticaba las actuaciones contra la regulación y el Estado de Thatcher, Reagan o Blair, así como la importancia que se concede a los índices económicos. Pero criticaba también el estancamiento de la izquierda tras la caída del comunismo. Era partidario de una socialdemocracia universalista, y pensaba que la izquierda se había encerrado en intereses de grupos particulares. Atacaba el relativismo cultural y buena parte del pensamiento francés de los años sesenta y setenta del siglo pasado (su perfil de Althusser en *Sobre el olvidado siglo XX* es demoledor). Vivía en Estados Unidos, pero defendía con matices el modelo de la Europa continental: aunque señalaba el peligro devorador del Estado, reivindicaba su papel como proveedor de educación, sanidad y transporte, y corrector de las desigualdades económicas.

Algunas de sus advertencias parecen más urgentes ahora y sus puntos de vista quizá fueran más sorprendentes en Estados Unidos que en otros lugares, donde encajan en las posiciones más extendidas de la izquierda. A menudo, Judt era más convincente cuando trataba asuntos históricos que cuando diagnosticaba los problemas del presente. Pero muchos de los asuntos que le preocupaban son esenciales. Entre ellos están la

función del Estado en las democracias, la forma de afrontar el pasado, la superación de los odios entre naciones y grupos étnicos, el respeto a la libertad y los derechos humanos, la superioridad de los modelos perfectibles sobre las utopías, o el papel de los intelectuales. Es una pena quedarnos sin su voz. —

— DANIEL GASCÓN

EXHUMACIONES CSI: CARACAS

La exhumación catódica y futurista del padre de la patria Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios, mejor conocido como Simón Bolívar, es sin duda alguna la acción de gobierno de mayor complejidad simbólica que nos ha regalado el poder ejecutivo venezolano. Para quienes no vieron las imágenes de esta obra maestra del videoarte contemporáneo les recomiendo que se pasen por YouTube o busquen en Google “exhumación de Simón Bolívar”; allí encontrarán material de la más rabiosa actualidad artística, algo que Nam June Paik, Bill Viola o Damien Hirst ya hubieran querido inventar.

Con la exhumación se perseguía: 1) Determinar si los huesos que descansan en el Panteón Nacional de Venezuela, atribuidos a Simón Bolívar son, en efecto, de Simón Bolívar y no de algún otro y menos famoso difunto. El presidente albergaba la sospecha de que la oligarquía colombiana había sustraído el cadáver con fines protervos. 2) Determinar si el Libertador murió, como dicen los médicos e historiadores, de tuberculosis, o si más bien fue envenenado con arsénico por la oligarquía colombiana. Esta hipótesis, que venía construyéndose desde hace algunos años en el más alto poder ejecutivo, fue blindada por la investigación de un profesional de la universidad de Johns Hopkins quien publicó en una revista americana la posibilidad del magnicidio.

Así, un sentido de epopeya científica pero también criminalística bañó de

¹ <http://www.nybooks.com/blogs/nyrblog/2010/jul/13/captive-minds-then-and-now>

² “Israel: The Alternative”, *The New York Review of Books*, octubre 23, 2003, vol. 50, número 16.



La exhumación sí será televisada.

principio a fin el fantástico episodio. Por momentos uno no sabía si todo aquello ocurría frente a las costas del mar Caribe o en la imaginación anticipada del gran Andréi Tarkovski. Hombres vestidos con trajes quirúrgicos —de impecable blanco—, guantes, gorros *ad hoc*, barbijos 3M. Una auténtica patrulla para desactivar bombas biológicas se encargó de abrir el ataúd de plomo y manipular el esqueleto en medio de las gloriosas notas del himno nacional de Venezuela.

Tomas aéreas, *travellings* y contrapicados multiplicaron la emoción de los espectadores que no sabían exactamente a qué género audiovisual estaban siendo sometidos. Tras retirar la bandera tricolor que lo cubría, el escuadrón especializado cortó el manto negro que servía de mortaja y al fin todos pudimos ver el cuerpo, los huesos, el fantástico esqueleto de nuestro padre de la patria.

Ahhh, el país entero fue un largo suspiro. Bolívar estaba allí, en carne y hueso, como de vuelta de las alturas de Boyacá, dispuesto nuevamente a librar la batalla por la emancipación de los pueblos. Aquel costillar ahora despertaba de un largo sueño y brillaba bajo la incandescencia de los *spotlights* de los camarógrafos.

Ante tanta intensidad, el presidente —vía su cuenta personal de Twitter, @chavezcandanga— pudo dejar para la historia el registro de su emoción: “Confieso que hemos llorado, hemos jurado. Les digo: tiene que ser Bolívar ese esqueleto glorioso, pues puede sentirse su llamarada. Dios mio [...] Dios mio, Dios mio... Cristo mio, Cristo Nuestro, mientras oraba en silencio viendo aquellos huesos, pense en ti! Y como hubiese querido [...] Cuanto quise que llegaras y ordenaras

como a Lazaro: “levantate Simón, que no es tiempo de morir”. De inmediato recordé que Bolívar Vive!! [...] Bolívar vive Carajo!! Somos su llamarada!!”

Estas primeras impresiones dieron una enorme tranquilidad a la población venezolana pues prácticamente descartaban una de las principales premisas exhumatorias. Aquella osamenta, pues, sí pertenecía a Bolívar y no a un cadáver anónimo. Bendito sea.

La Sociedad Bolivariana de Venezuela no sabía cómo reaccionar ante tal avalancha simbólica. Algunos de sus miembros apoyaron la actuación forense, convencidos de que era una forma de honrar la historia; “una deuda histórica”, decían. Pero otros, ofendidos por lo que catalogaron como una apostasía, un sacrilegio, rugieron: “¡Se violentó el descanso del Libertador!” Expertos internacionales invitados por el gobierno declararon: “Se han seguido las directrices internacionales de la ciencia y la investigación humana.” Otros, los más suspicaces, vieron en todo esto un halo de santería, la puesta en práctica del Palo Mayombe, una liturgia de origen bantú que se practica en Cuba y que ha ido ganando adeptos en Venezuela. Algunos bromistas especularon con que a partir de ahora iba a caer sobre la República una maldición bolivariana, semejante a la que acabó con la vida de Lord Carnarvon tras profanar la tumba de Tutankamon. Otros destacaron que la mejor forma de celebración del Bicentenario había sido exhumar a Bolívar y enterrar con honores a su amante Manuelita Sáenz, en referencia a los restos simbólicos de la prócer quiteña que el gobierno de Ecuador obsequió semanas atrás a la nación venezolana. Incluso la tataranieta del Libertador, la anciana señora Beatriz Bolívar Matos de Maldonado, denunció que la operación de exhumación de su famoso tatarabuelo había sido hecha sin su consentimiento: “nunca nos consultaron nada”. Por su parte, el Movimiento Bolivariano de Concientización Venezolana, junto con otras increíbles y egregias asociaciones patrióticas, gritó a voz en cuello: “PROTESTAMOS Y REPUDIAMOS el irrespeto que constituye esta EXCECRABLE conducta para las instituciones históricas

y culturales de Venezuela y para la misma HONORABLE Y DISTINGUIDA FAMILIA BOLÍVAR Y PALACIOS, sea que vivan o estén difuntos.” No se habían enterado de que doña Beatriz seguía vivita y coleando a su setenta y siete años. No han faltado quienes, entusiasmados por los avances de la ciencia, llaman a una Gran Cruzada Exhumatoria que permita esclarecer pasajes oscuros de la historia venezolana y de paso contribuir a una mejor conservación de sus cadáveres más importantes. De hecho, ya se anunció oficialmente la pronta exhumación de la hermana de Bolívar, María Antonia Bolívar y Palacios, con el objeto de determinar el patrón genético y compararlo con el de su hermano. Pero sin duda los mayores beneficiados fueron los vecinos de la localidad de Quebrada Catuche, lugar del centro de Caracas donde se encuentra el Panteón Nacional. Ellos se congratularon al ver “que le han prestado más atención (al Panteón), han acomodado las áreas verdes y han pintado también”.

Junto a todo esto destaca una noticia vivificante: tras haberle practicado una tomografía computada al cráneo de Bolívar, ahora podremos, gracias a la aplicación de un software especializado, recomponer el verdadero rostro del prócer y así contemplar su imagen real —la verdadera, no la de los cuadritos al óleo— de idéntica forma como pudimos ver el verdadero rostro de Jesús luego que renombrados científicos aplicaran todo el peso de la ciencia a su santo sudario.

Y en cuanto a lo otro, es decir, si fue o no asesinado Simón Bolívar por la oligarquía colombiana, habrá que esperar los resultados de las investigaciones. Por lo pronto sabemos que en el “Informe presentado por el Vicepresidente de la República, Elías Jagua [*sic*, por Jaua], al presidente Hugo Chávez donde se recogen los detalles de lo hallado y realizado en la exhumación de los restos de Simón Bolívar” se menciona, en el punto 4, entre otras actuaciones forenses no menos repugnantes, la toma de “una muestra del coxal izquierdo de la cara anterior donde se observó una lesión, posiblemente por secuela de tuberculosis”. —

— GUSTAVO VALLE

DIARIO INFINITESIMAL DE LA GUERRA

Al borde de la guerra con Japón, en diciembre de 1941, los estrategas norteamericanos estaban convencidos de que su país, a fin de cuentas, y aunque fuera con trabajo, y aun mucho trabajo, acabaría por derrotar al Japón, en el caso cada vez más inminente de que llegara a estallar una guerra en los dos países.

El jefe de operaciones navales estadounidense, almirante Harold Stark, explicó las razones de este optimismo al embajador del Japón: “mientras ustedes pueden alcanzar la victoria inicial, debida a *timing* y sorpresa, el tiempo va a llegar inevitablemente en el que ustedes también sufrirán pérdidas, pero habrá una gran diferencia entre ustedes y nosotros: ustedes serán incapaces de reemplazar sus bajas, y se volverán más y más débiles conforme vaya pasando el tiempo, mientras nosotros no solo vamos a poder reponer nuestras pérdidas, sino vamos a hacernos más y más fuertes conforme vaya pasando el tiempo. Es inevitable que nosotros los trituraremos antes de acabar con ustedes”.

El argumento de Stark, impecable, digno de Sun Tzu, es en verdad profético y describe lo que de hecho fue sucediendo cuando la guerra tuvo lugar. Algo parecido sucedió en el frente ruso. En ambos casos se siguió la misma imbatible estrategia: cuando un bando tiene significativa superioridad numérica y de recursos materiales sobre el otro, lo que más le conviene es extender el frente lo más posible. La razón es que al exten-

der el frente se adelgaza inevitablemente la línea, y el bando con menos soldados y material bélico se debilita más y más y las derrotas irán cayendo.

La invencible estrategia americana estuvo así sustentada en la aplastante superioridad material que siempre ostentaba. Cuando Rommel vio avanzar los tanques americanos, nuevecitos, al final de las Batallas del Desierto, y comprobó su calidad y buena hechura, anotó en su diario que sintió que la guerra estaba perdida.

Cosa semejante a lo que vamos diciendo le profetizó Winfield Scott a Lincoln cuando hablaron, antes de que estallara la Guerra Civil, en el siglo XIX. Le explicó que la guerra sería larga, sangrienta y difícil, pero que el norte acabaría ganando por la sencilla razón de que tenía más recursos industriales y más hombres.

Y así fue siempre hasta un momento en que la estrategia, tantas veces infalible, fracasó, el aparato bélico se quebró los dientes y el orgulloso ejército americano conoció el sabor de la derrota.

¿Fueron los mal armados y peor nutridos muchachos del Vietcong?, ¿fue la selva o los muy adiestrados y brillantes estrategas comunistas?, ¿o todo esto junto?

No, no fue eso, aunque claro que pesó en el balance de la guerra. Lo que no sabían los estrategas americanos es que el pueblo en armas, si está resuelto y organizado, es invencible. Porque ¿cómo lo derrotas?, ¿qué quiere decir derrotarlo? La palabra “victoria” pierde sentido en este caso. ¿Qué podría querer decir?, ¿que los matas a todos? ¿Una gran masacre o ese horrendo “los sitiadores entraron a ciudad, la saquearon y quemaron y dieron muerte a todos los hombres, y a las mujeres y los niños los redujeron a esclavitud” común en la antigüedad? Algo de eso quedó en la barbarie de los nazis o de Pol Pot, pero al parecer está fuera del alcance de los norteamericanos.

¿Entonces? Entonces en materia de estrategia, ahí fue donde a los americanos se les cayó la brújula al agua. Se precisa un nuevo pensamiento militar. Sin embargo, si contemplamos las lamen-

tables incursiones en Iraq y Afganistán no aparece por ningún lado. En Iraq no avanzan un paso y dejan en su retirada, además de muertos y destrucción, una guerra civil en ciernes. Y que los americanos no parecen haber aprendido nada en las selvas de Indochina, se deja ver en que han gastado billones de dólares en Afganistán y lo que han logrado es que ahora, después de siete años, los talibanes se alcen cada día más fuertes.

Rubrico estas reflexiones con una fábula atroz narrada en el periódico. Los hechos se desarrollan en el interior de Iraq, una ciudad llamada, en el diario, Samarra, y dice así: cuando se inició la ocupación americana de Iraq, Hamid Ahmad se animaba exultante y lleno de esperanza: hablaba algo de inglés, era oficial de la fuerza aérea iraquí y bajo Saddam Hussein había sufrido cárcel. Pronto consiguió trabajo en las fuerzas americanas de ocupación. Su sueño era, claro, alcanzar la posibilidad de irse a vivir con su familia a Estados Unidos.

Pero nada resultó como planeaba. Siete años después Hamid Ahmad cayó asesinado a tiros por su propio hijo Abdul Ahmad, de 32 años, quien poco a poco se había ido radicalizando hasta acabar sentando plaza entre los acérrimos y violentísimos fundamentalistas musulmanes de allá.

“Trabajaba con los americanos y nadie lo quería, por eso lo maté”, declaró el asesino. Seis tiros le asestó a su padre. —

— HUGO HIRIART

COLOMBIA NI VERDE, NI ROJO

¿Dónde está Antanas Mockus? El filósofo y matemático de origen lituano y de cultura francesa que hizo tambalear el *uribismo* en las encuestas —llegaron a pronosticar su victoria—, desapareció del mapa político de Colombia al día siguiente de su derrota en las elecciones presidenciales del pasado 20 de junio. ¿Fue el candidato verde flor de un día, estrella fugaz que se desintegró ante la despia-



El descanso del guerrero en Afganistán.

dada realidad de un país azotado por la guerrilla y el narcotráfico? El triunfo arrollador de su adversario, Juan Manuel Santos, no deja mucho espacio para la duda: el 69% de los colombianos dieron su voto al heredero ideológico del presidente saliente, Álvaro Uribe, y de su “política de seguridad democrática”, que tanto éxito ha tenido contra los violentos.

El profesor Mockus, sin embargo, no está del todo desaparecido. El propio Santos se encargó de resucitarlo en su discurso de toma de posesión, el 7 de agosto, cuando se apropió descaradamente de los principales lemas de campaña del candidato del Partido Verde. “El respeto a la vida es un mandato sagrado”, aseguró el nuevo presidente. “Y que quede muy claro: Si alguien en su interior abriga la oscura intención de lucrarse con los bienes públicos, le advierto que no trate de hacer parte del Gobierno que hoy comienza. [...] ¡Vamos a gobernar en una urna de cristal! [...] No lo hacemos por presiones externas, sino porque nos nace de la más profunda convicción democrática, ética y humana.”

La similitud con los compromisos de campaña de Mockus no es pura coincidencia, claro. Para que conste que se trata de un plagio con todas las de la ley, recordemos la consigna que machacó el candidato verde en todas sus intervenciones preelectorales: “Promovemos tres principios: la vida es sagrada, los recursos públicos son sagrados, la ilegalidad es dañina”, con la Constitución y un lápiz en la mano, símbolos de la legalidad y de la educación.

Santos es un político muy curtido—después de ejercer el periodismo en *El Tiempo*, la poderosa empresa familiar, fue ministro con tres presidentes y, como titular de la Defensa hasta el año pasado, dio golpes contundentes a la guerrilla—y sus promesas de transparencia pudieran ser pura retórica. Lo sabremos más adelante, pero el solo hecho de que haya integrado esos conceptos en su agenda de gobierno indica que el discurso ético del candidato verde ha calado hondo en el país.

Además de seducir a muchos de sus compatriotas, la propuesta de Mockus de

buscar “una nueva forma de hacer política” suscitó un gran interés en el extranjero, y varios académicos prestigiosos le aportaron su apoyo con una carta abierta. Entre los firmantes figuraban Jürgen Habermas, teórico de la “democracia deliberativa”, o Elinor Ostrom, premio Nobel de Economía 2009 por su trabajo sobre la gestión colectiva de los recursos naturales.

Para todos ellos, Mockus era el hombre que, siendo alcalde de Bogotá, había llevado a la realidad las teorías que ellos han desarrollado en sus investigaciones. “El núcleo de su aproximación imaginativa y única a los problemas urbanos—desde el ahorro de agua hasta la protección de la vida— es una idea simple y poderosa. [...] Dejamos que los ciudadanos se hagan responsables de acuerdo con los principios renovados de la cultura ciudadana”, decían en la carta.

Antes de ser electo a la alcaldía, Mockus había sido en 1993 rector de la Universidad Nacional, donde había destacado por sus excentricidades, como bajarse los pantalones y enseñar el trasero a unos estudiantes que no le dejaban hablar. “El comportamiento innovador puede ser útil cuando te quedas sin palabras”, dijo entonces. Fue, sin embargo, con su llegada al ayuntamiento de Bogotá—ejerció dos mandatos: 1995-1997 y 2001-2003— cuando pudo poner en práctica su programa de “cultura ciudadana”.

Bogotá era entonces una ciudad caótica—lo sigue siendo, pero hoy, además, es una capital cultural— y la tasa de criminalidad era altísima. Con una buena dosis de autoritarismo, uno de sus rasgos menos conocidos, Mockus despidió a todos los agentes de la policía municipal para acabar con la corrupción en ese cuerpo y obligó a los taxistas a renovar sus vehículos (estos no se lo han perdonado y han votado en masa por Santos en las elecciones de junio). Para compensar la falta de policía, el nuevo alcalde contrató a un ejército de mimos y saltimbanquis para “educar”, con más o menos éxito, a los conductores y peatones, cuya insuperable incivildad provoca gigantescos *trancones* (atascos).

“La autoridad hay que aplicarla en



Antanas Mockus, un electrón libre.

la pedagogía, más que en la fuerza, porque eso es lo que la hace legítima”, dice Mockus. Aplicó este criterio en la campaña de “ahorro voluntario” de agua e, incluso, para sugerir a algunas familias acomodadas que pagasen espontáneamente un suplemento fiscal. “Me encanta que los estratos altos me favorezcan en las encuestas porque tengo más autoridad para pedirles más impuestos y lograr un esquema que reduzca la desigualdad”, comentó en su blog cuando ya era candidato a la presidencia.

Su gran éxito fue la “Ley Zanahoria”, que restringió los horarios de los bares y de las discotecas para luchar contra la criminalidad. En pocos años, la tasa de homicidios cayó de 80 muertos a 18 por cada 100.000 habitantes. Esa reducción pasmosa fue el resultado de medidas coercitivas y de la colaboración ciudadana a través de las campañas de *croactividad* (en Colombia se llama sapos a los soplonos). Para “romper la ley de silencio”, las autoridades invitaban a la población a marcar un número de teléfono para denunciar la presencia de gente armada en su vecindario.

A partir de su experiencia en el

ayuntamiento de Bogotá, Mockus ha desarrollado lo que él llama una “cultura zanahoria”, un término del argot colombiano para definir los comportamientos o a los individuos sanos. En Colombia, asegura, “hay mucha gente con el *chip* zanahorio, como yo llamo a la mentalidad de obedecer las normas, ser laboriosos, entregar las tareas a tiempo y no hacer trampita. Pero también hay gente con el *chip* remolacha, el *chip* que le autoriza a hacer trampa”.

Los resultados de las elecciones presidenciales parecieran indicar que la cultura “remolacha” arrasa. ¿Cómo explicar que las encuestas pronosticaran una victoria del candidato verde, cuando se sabía que sus simpatizantes estaban concentrados en las clases más acomodadas y, por ende, minoritarias? ¿Y esa *mockusmanía* que se apoderó de tantos columnistas e intelectuales de izquierda, colombianos y extranjeros? Sin olvidar a los cientos de miles de jóvenes que hicieron campaña a través de las redes sociales de internet. “Cada uno veía en Mockus lo que quería”, explica un asesor de Santos, “y, cuando tuvo que definirse en los debates, se le vio titubeante en sus respuestas. La gente fantaseaba y volvió a la realidad”.

La izquierda, cuya prioridad era impedir la victoria de Santos, intentó subirse a la ola verde después de que su candidato, Gustavo Petro, fuera derrotado en la primera vuelta. En respuesta a una oferta del Polo Democrático Alternativo, que le proponía su apoyo electoral a cambio de un acuerdo sobre el programa, Mockus no dudó un segundo: “Ni al Polo le conviene aliarse con los verdes, ni a los verdes aliarse con el Polo. Cada loro en su estaca.”

Ni rojo ni verde, Mockus es un electrón libre. “A veces soy un poco impredecible”, suele decir con esa sinceridad que le permite declarar su “afecto a Estados Unidos”, su admiración por Angela Merkel o su indignación ante la “cultura del atajo y del todo vale” que justifica cualquier medio, incluso ilegal, para combatir el crimen o la guerrilla. Fue un candidato de lujo, que no dudaba en citar a Kant, Kafka y hasta Céline entre sus autores preferidos. Dio altura

a la campaña electoral y le agregó un elemento conciliador que el país necesitaba ante una situación muy polarizada. Lo más probable es que nunca llegue a la presidencia, pero se ha ganado a pulso el respeto de muchos colombianos. —

— BERTRAND DE LA GRANGE

MEDIOS

¿QUÉ HACEMOS CON EL PERIODISMO?

Entrevista con Juan Cruz

A principios del año pasado, el periodista Juan Cruz publicó en *El País* una serie de entrevistas con distintos “maestros del periodismo” entre los que se encontraban nombres como Alma Guillermoprieto, Ben Bradlee, Eugenio Scalfari o Jean Daniel. En esas entrevistas, Juan Cruz y sus interlocutores disertaban sobre el estado actual del periodismo, los retos a que se enfrentaba el oficio y los cambios suscitados por las nuevas tecnologías.

Esas entrevistas, sumadas a una serie de declaraciones anteriores realizadas por el periodista, despertaron el recelo de una buena parte de la comunidad internauta en España, que acusaba a Cruz de haber emprendido una particular cruzada contra internet.

Ahora, la editorial Debolsillo publica en un volumen esa serie de entrevistas, a las que se suman otras con Jon Lee Anderson, Manu Leguineche y Juan Luis Cebrián, bajo el título *¿Periodismo? Vale la pena vivir de este oficio.*

Hay una pregunta que recorre el libro —algunas veces verbalizada y otras veces parte del trasfondo de las conversaciones que ha tenido con estos “maestros del periodismo”—, y que me gustaría trasladarle: ¿Cree, seriamente, que el periodismo corre peligro de extinción? ¿Y si esto es así, puede ser internet su verdugo?

No, yo creo que la estupidez que rodea a ciertas formas del periodismo hoy no es tan fuerte como para acabar con el periodismo. El periodismo ha sufrido muchos temporales, ha habido empresarios de prensa que se tomaron en serio acabar con el periodismo, pero ellos mismos luego han contribuido a su reconstrucción. Creo que estamos

viviendo un momento complicado porque es de transición, pero no tengo ningún miedo de que el periodismo desaparezca; tengo la certeza, al contrario, de que de este maremágnum saldrá mucho más reforzado.

Hay algo que me interesa de esta primera respuesta. Tras esa serie de entrevistas y ciertas declaraciones tuyas que más o menos coincidieron en el tiempo e incluso generaron una polémica en algunos medios de internet y que usted zanjó en una entrevista a *233grados.com*, da la impresión que ahora su respuesta está mucho más meditada y sopesada.

Hubo muchos malentendidos. Aún hoy, es difícil decir: “Creo que internet tiene peligros”. Es como si dijera: “Creo que el periodismo de papel tiene peligros” y se enfadaban los periodistas del papel. Nosotros exigimos que los políticos o los literatos o los interventores de Hacienda expresen lo que saben y las dudas que tienen, y sin embargo ¿nosotros tenemos que decir solo lo que es políticamente correcto dentro del ámbito de nuestro oficio? Pues no. A mí hay cosas de internet que me parecen peligrosísimas, como el anonimato, el insulto, la falta de rigor, la falta de contraste. Y por mucho que me pongan cruces en mi nombre y me digan barbaridades, yo seguiré diciéndolo. Muchos me dijeron: “Hombre, si estás en contra del progreso.” ¿En contra del progreso? Estaría en contra del progreso si estuviera a favor del insulto.

Uno de los temas que se encuentra en la médula del libro es la falta de rigor, de comprobación, de fact checking. Me da la sensación de que, al menos en el libro, lo achaca muchas veces a la era digital y la velocidad que requiere internet. Cuando creo —y esto no se lo digo solo yo sino que se lo han dicho repetidas veces— que esa misma falta de rigor y esa falta de comprobación de datos se encuentra también en el periódico de papel.

Absolutamente de acuerdo contigo. Pero no me parece bien que los que ahora hacemos internet no seamos más autocríticos. Sabemos que ocurre en el papel, pero deberíamos desear que eso no ocurriera en este nuevo soporte. Pero decirlo te convierte en un enemigo de internet. ¿Por qué? Siempre ocurre que,

cuando se introduce una nueva tecnología, parece que la tecnología es lo que se dice; y no, la tecnología es el vehículo. Lo que yo digo es que ya que tenemos un nuevo instrumento, aprendamos de los defectos del antiguo instrumento para que el nuevo no los tenga. Y a mí me preocupa muchísimo que la gente entre en Wikipedia y diga cosas que no son ciertas, pero tendría que preocuparle a todo el mundo.

Le pregunta a Jean Daniel: “¿Qué aporta internet al periodismo?” Y me gustaría devolverle la pregunta.

Yo creo que un acceso ilimitado del lector al acontecer informativo. Yo creo que el cambio es fundamental. Es decir, ahora mismo el periodismo que hagas en papel, en radio o en televisión, no se parece en nada al periodismo que yo empecé a hacer. Es un instrumento de un valor extraordinario, es fantástico. Yo estoy aquí ahora haciendo esta página que antes hacía a máquina, la llevaba al taller, del taller a... La instantaneidad era el sueño de cualquier periodista. Ahora que estamos en el sueño, convirtamos el sueño en algo especialmente nutritivo.

Y, si cabe la pregunta, ¿qué le quita internet al periodismo?

Nada, no le quita nada. Le da mucho valor. Pero hay que utilizar esas facilidades que nos da internet para mejorar nuestra relación con el texto. Eso me parece fundamental. Lo que se publica tendría que ir a misa, ahora más que nunca. Y la gente se está olvidando de que el texto no es cualquier cosa, es un documento, un testimonio, que proviene de haber sabido reunir una serie de factores para contarle a la gente lo que sucede.

En un momento en la conversación con Ben Bradlee, habla de la frase de Kapuscinski, que incluso dio título a un libro: Los cínicos no sirven para este oficio. ¿Por qué?

Bueno, yo lo ampliaría, los cínicos no sirven para la vida porque la hacen mucho más complicada. Yo estoy de acuerdo con Kapuscinski en eso, a mí me parece que el periodismo necesita cierta compasión.

¿Qué es la objetividad para usted?

La objetividad es la honestidad. Pero la honestidad no siempre es la verdad. Yo honestamente creo que tú eres un buen periodista, pero podrá llegar otra persona y decir: “No, no es tan bueno”. La verdad propia es la honestidad; no existe la verdad.

¿Y los prejuicios?, ¿qué hacemos con los prejuicios?

Esos hay que dejarlos a la entrada del periódico. Yo creo que lo más lamentable del periodismo es creer que el poder que ejerces es tuyo.

En la entrevista con Harold Evans, va acompañado de una periodista más joven, Bárbara Celis, que replica la crítica que Evans hacía de la falta de comprobación y de rigor en el uso de las fuentes. La periodista dice que esa culpa es acabable también a los editores y jefes de sección que no preguntan a sus redactores por sus fuentes. ¿Existen todavía en España editores y jefes de redacción que hagan estas preguntas? Porque dada la cantidad de “según fuentes cercanas” y similares que llenan las páginas de los periódicos da la impresión de que no.

Mira, hay un libro de Onetti que se llama *Confesiones de un lector*, donde tiene un artículo titulado “Señor Fuentes”, donde dice que al señor Fuentes tendrían que ponerlo en nómina, porque todo el mundo habla de las fuentes sin atribuirles. Sí, yo creo que eso es un desastre. Yo una vez conté en un artículo de un periodista muy reputado diecinueve fuentes sin acreditar. Parecía Italia, tan llena de fuentes.

Usted ha destacado el buen periodismo que se hace en América Latina, sobre todo en revistas. Lo que no deja de tener miga porque ambos sabemos las condiciones en que muchas veces se realiza ese trabajo, tanto económicas como de peligrosidad. Es uno de los temas de los que habla con Alma Guillermoprieto en el libro. No deja de ser una paradoja que el periodismo más excitante que se hace en nuestro idioma se haga en las regiones más pobres y violentas.

Quizá porque las historias son más importantes. Y luego porque en América Latina hay una tradición literaria y de lectura que tiene una consecuencia en

los periodistas, en los jóvenes ahora, porque ya la tuvo en los viejos. Yo me fijo mucho en América Latina porque hay un cuidado del lenguaje y una combinación de lo que se sabe literariamente con los instrumentos del periodismo que es verdaderamente ejemplar. Lees un artículo de Monsiváis, de Hector Abad o de Alma Guillermoprieto y tú ves que ahí resume lo que esa gente ha leído. O Villoro. O los que escriben en *Etiqueta Negra* y *Letras Libres*. Hay, evidentemente, una tradición fantástica.

¿Y por qué en España no se hace ese tipo de periodismo?

Porque se lee mucho menos. Y luego porque los escritores, jóvenes escritores, inmediatamente se convierten en columnistas, no en periodistas. No van a hablar con la gente sino que se sientan con la máquina de escribir en el cuarto con el corcho en la pared, que dice: “Mañana para *El País*, pasado para no sé dónde, pasado una conferencia.” Están instalados en lo fácil. Una columna la hace cualquiera. Y cada día los escritores son menos dados a interrumpir la paz de sus despachos.—

— DIEGO SALAZAR

CUADERNO DE VIAJE MONTEVIDEO ENTRE PARÉNTESIS

Viajo a Montevideo vía Panamá, y alcanzo a ver, al aterrizar en mi escala, una parte del Canal: alguna esclusa con tráfico de barcos, construcción que me asombra no obstante verse diminuta desde el aire. Esa visión de diez segundos hace que valga la pena el itinerario: siempre he sido un impresionable cliente de las grandes obras de ingeniería, que a la belleza estructural le suman algo que una cuchara tiene pero no un poema: utilidad práctica.

Al descender del avión, ya en Montevideo, descubro que conmigo viajaba el escritor español Agustín



Montevideo: grises, viento y pasado impreciso.

Fernández Mallo, autor del “proyecto Nocilla” y de un ensayo que no voy a tener la oportunidad de comentar con él: *Postpoesía*, que de este lado del Atlántico fue recibido con sonrisitas condescendientes (hijos de Darío y de Nicanor Parra, creemos que ya nada nos sorprende). Apenas comienzo a platicar con él, aparece otro escritor español, Lorenzo Silva, y nos subimos a un coche para ir al centro de la ciudad. En el camino, creyendo que todos somos españoles, el conductor nos felicita por nuestro desempeño en el Mundial. Le aclaro que soy mexicano y que no tengo nada que decir sobre el tema, pero que él sí debe estar muy contento con su equipo. “¿Sho?”, responde, “sho no tengo por qué festejar un cuarto lugar, ¿viste?”. Y con esa frase siento que aterrizo de veras en Montevideo.

Nos hospedamos en uno de esos hoteles en serie que son iguales aquí y en China, pero este tiene la particularidad de que todas sus habitaciones tienen vista al Río de la Plata, una inmensa agua café con ínfulas de mar que hasta olas tiene. El viento se estrella contra el hotel y ulula fuerte: este sonido va a ser una constante en mi estancia. En el restaurante está Vicente Molina Foix, querido escritor español con quien me pongo rápidamente al día. Lo dejo cenando y pido un whisky en el bar, en un vasito de plástico, para llevarlo a mi habitación, escribir un poco y dormirme. “¿Pero cómo le voy a dar un vaso de plástico, caballero, tenga éste”, y el barman me da un vaso

de vidrio repleto de malta. La suma amabilidad montevideana también va a ser una compañía constante.

¿Por qué tantos escritores españoles en Montevideo? Porque los convoca el Festival Eñe de literatura, que por primera vez tiene sede en América. Organizado por la revista *Eñe*, que a su vez es un proyecto de la gestora cultural española La Fábrica, el festival cuenta con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo y el Círculo de Bellas Artes de Madrid, y su sede es en esta ocasión el Centro Cultural de España (CCE) en Montevideo. Con mayoría española y uruguaya, al festival nos colamos algunos escritores de otras latitudes, incluidos el narrador mexicano Yuri Herrera y yo. Desayuno con Yuri, quien observa mi saquito café con ternura y me urge que vaya a comprar algo que me abrigue de verdad. Es cierto: brinqué del verano al invierno sin darme cuenta y no vine preparado. Salgo a congelarme a las calles de la Ciudad Vieja y de inmediato siento que habito el “esplín” de Herrera y Reissig:

Todas las cosas se visten de una
[vaguedad profunda;
pálidas nieblas evocan la nostalgia
[de París;
hay en el aire perezas de “cocotte”
[meditabunda.
Llenos están cielo y tierra de un
[aburrimiento gris.

Olvidemos París y sus *cocottes*, aquí la palabra clave es “gris”: sobre Montevideo parece gravitar un espesor plomizo, una tonalidad indecisa casi táctil, casi triste, casi algo que se resuelve en nada. Si va a durar tres días, ¡bienvenida la melancolía! Camino con el secreto entusiasmo de mi nuevo estado de ánimo y llego en tres minutos al CCE. Las distancias son minúsculas: toda la Ciudad Vieja cabe en cuatro cuadras de la Nápoles. Sé que el centro no es todo Montevideo, pero no deja de sorprenderme su anclaje en un tiempo que no se parece al presente: todo tiene sabor de ayer, como si se le hubiera dado la espalda no al desarrollo sino al tiempo mismo. La burbuja temporal me

resulta del todo placentera: he pasado de los cláxones al ulular de un viento entre paréntesis.

Cuartel general del festival, en el CCE me toparé con un montón de gente conocida y no. De Andrés Barba, otro escritor español, me separaré poco, al igual que del poeta argentino Washington Cucurto, “Cucu”, compadre genial que siempre carga consigo los libros de Eloísa Cartonera. Circulan por ahí Ricardo Piglia, Rodolfo Fogwill, Martín Caparrós, Mercedes Cebrián, Daniel Samoilovich, Alberto Anaut, Roberto Echavarrén, Leila Guerriero, Javier Reverte y mucha gente más a la que no conozco. Me da mucho gusto ver al escritor boliviano Edmundo Paz Soldán, que vive en la ciudad universitaria de Ithaca, en Estados Unidos. Me dice que es, probablemente, el único escritor que no quiere volver a Ítaca...

Soy malo para tantos encuentros, abrazos, palmadas y carcajadas: adquiero una conciencia de mí que me vuelve torpe y termino por huir, respirar y volver siempre. El ritmo de estos festivales lo marcan mis arrebatos antisociales y el imán de la amistad. Este último me lleva a comer al Mercado del Puerto con Vicente, Andrés y el uruguayo Álvaro Brechner, director de cine. Al entrar a ese lugar sé que voy a volver cuantas veces pueda y que mi nivel de triglicéridos va a tocar techo: ¡un mercado de asados y parrilladas! Así es: los tres días comeré ahí. Y en la noche, al boliche Fun Fun, un destartado y legendario bar donde se cantan tangos y se beben “uvitas”, combinación más o menos letal de vino, oporto y azúcar. Ahí conoceré a Ajo, “micropoetisa” española que encarna ella sola al barrio de Malasaña de Madrid.

Entre el Mercado del Puerto y el Fun Fun cabe la vida: las actividades del festival, las calles frías y grises de la Ciudad Vieja, el ubicuo mate, las portentosas librerías de “usado”, la vertebral Avenida 18 de Julio y su sabor al DF de los setenta. Y no mucho más, que afuera de ese melancólico paréntesis el tiempo corre como siempre y hay que volver a los cláxones. —

— JULIO TRUJILLO